

LA TAROMA

Sentada en el regazo de su abuela, la pequeña Laura escuchaba las historias que ésta le contaba cada noche, a veces con los ojos cerrados, a veces abiertos, a veces mirando las estrellas e imaginando que la protagonista era siempre ella. A esas horas, la luz de la luna era la única que iluminaba sus rostros. En el de la pequeña destacaban unos ojos enormes con la mirada curiosa; en el de la abuela, eran los surcos de la vejez los que destacaban en él.

- ¿Qué habéis hecho hoy?
- Hemos subido al castillo abuela. Hemos jugado a los moros. ¿Sabes historias de moros?
- No de moros, pero sí de conquistas.
- ¿Qué es una conquista abuela?
- Es cuando uno quiere lo que tiene el otro y se lo quita luchando.
- Eso es lo de los moros abuela.
- También, claro. Los cristianos lucharon contra los moros y los conquistaron.
- ¿Se lo quitaron todo?
- Sí, pero porque antes los moros habían conquistado a los cristianos.
- Los mayores siempre luchan. ¿Y ese castillo era de los moros?
- Primero de los moros y después de los cristianos. Y cuando todo eso acabó en España, comenzó en otros países que también conquistó España.
- ¿Qué es un país abuela?
- Un país es una tierra donde manda una persona. En cada país manda una persona.
- Cuéntame una historia de Brasil, que me gusta mucho.
- Bien. Érase una vez, una muchacha muy hermosa que se marchó a Brasil.
- ¿Tenía novio?
- Sí, claro, tenía novio. Y se fueron los dos juntos.
- Pero eso es pecado, abuela.
- No hija, eso no es pecado. Si se quieren mucho, no.

La abuela quería que la niña no creciera con prejuicios trasnochados que no llevaban a nada e intentaba inculcarle el amor por encima de todo. Pero el amor en mayúsculas, el amor a las personas de todo tipo, a los padres, a los amigos, a los desconocidos, a todos. Y sabía que lo iba a conseguir, porque para la pequeña, lo que dijera la abuela era lo más importante.

Conforme pasaban los minutos, las preguntas de la pequeña se convertían en silencios con miradas de extrañeza y al final en ojos cerrados y sueño. No era más de una hora, media a veces, pero necesaria para dar por concluido el día.

La abuela la cogía en brazos y, sin parar de hablar para no despertarla, la acostaba en la cama, ya con el pijama puesto, la arropaba, le daba un beso en la frente y le decía: tú serás la Taroma.

Al cumplir los catorce años, el verano en el pueblo ya no fue lo mismo. Las noches con la abuela no eran para contarle aquellas historias, sino para preguntarle cosas de chicos y de enamoramientos. La abuela sintió que aquel año había perdido a su pequeña, pero que se estaba convirtiendo en una mujercita y como a tal tenía que tratarla. Atrás quedaban los juguetes, los castillos y las conversaciones en la plaza con las vecinas del pueblo.

El cuerpo de Laura ya no era el de una niña, ni tampoco el de una mujer. Y aunque se estaba desarrollando, no era como ella hubiera deseado. La abuela, que conocía bien a su nieta, le hizo

ver que su cuerpo era el que debía tener. Ella no había nacido para enamorar a los hombres sino para que todo el mundo se enamorara de ella y por eso debía tener el cuerpo así.

- Cuando más grande mejor, para poder quererlos a todos.
- ¿Es eso verdad abuela?
- Sí hija, claro que sí. Cuando seas mayor todo el mundo querrá ser como tú, ya lo verás.
- Pero a mí me gustan los chicos también.
- Eso también es así. Te enamorarás de un hombre y él te querrá mucho.

La abuela le decía que cuando quieres a un hombre lo notas enseguida.

- ¿Cómo lo notas? ¿Tú te has enamorado alguna vez? Tuviste a mi padre.
- Sí, claro que me enamoré, pero tan pronto como vino se fue. Algún día te lo contaré.
- ¿Era mi abuelo?

La abuela se quedó pensativa. Nunca había caído en la cuenta. Eran muchos los años que habían pasado.

- Sí claro, era tu abuelo.
- ¿Murió? ¿No vivía aquí? ¿Qué pasó abuela?

Laura estaba ávida de saber y estaba en su derecho. Pero era una historia demasiado vieja y no le apetecía hablar de ella ahora. Aunque, en realidad, le había contado la historia, su historia, pero disfrazada de muchas historias nocturnas.

- Sí, murió joven - mintió la abuela.
- Nunca me lo habías contado.
- No, pero ahora no quiero contarte eso. Es muy triste.

Al año siguiente, Laura solo fue una semana. Quería ver a la abuela pero no le apetecía quedarse todo el verano con ella y cuando cumplió los dieciocho dejó de ir.

Es ley de vida, pensaba la abuela que veía cómo su pequeña había desaparecido completamente y ahora tenía a toda una mujer que no tenía tiempo para ella. Ya volverá, pensaba.

Laura se puso a trabajar en el hospital central como celadora y la abuela dejó de ser una prioridad para ella. O eso pensaba, porque la llevaba siempre en sus pensamientos y en su corazón.

Hacía días que la abuela se encontraba mal y cuando Laura la llamó supo enseguida que algo le pasaba.

- No es nada Laura, se me pasará.
- ¿Pero qué tienes?
- Vejez hija, solo eso.
- Mañana estoy ahí, abuela.

Hacía años que Laura no iba al pueblo. Cómo había cambiado todo aunque todo siguiera igual. Pero las mujeres de la plaza se habían ido marchando una a una. Ahora eran otras las que ocupaban su lugar y la magia se había marchado con ellas. Con ellas y con la pequeña. La abuela era de las pocas que quedaban, se resistía a marcharse.

Cuando la vio, pidió permiso en el hospital. ¿Para cuánto tiempo? Una semana, no creo que sea más. Así de claro lo tuvo. El contacto diario con enfermos y médicos la enseñó a ver la enfermedad, la salud y la muerte en la cara de la gente. Y la muerte andaba rondando la de la abuela.

- Llamaré a papá.
- No. Déjalo. Más adelante si acaso.

Al tercer día, la abuela no se pudo levantar de la cama. Las fuerzas se le iban marchando del alma y la muerte asomaba a su semblante cada vez con más claridad.

El péndulo de la pared marcaba las tardes solitarias en una casa acechada por una muerte que no se quería marchar sin su regalo, en un pueblo castigado por el olvido. Cada golpe retumbaba

en la cabeza de Laura, en el alma de la abuela, en el corazón de las dos, que se miraban y sin decir nada se lo decían todo.

Al quinto día la abuela supo que el momento había llegado.

Cuando Laura entró en la habitación, la abuela le pidió que se sentara con ella a su lado.

- Eres la única que ha estado a mi lado, sabía que sería así. Ahora que ha llegado mi hora, te tengo que decir algo muy importante.

Igual que cuando era pequeña, la abuela se dispuso a contarle una historia, pero ésta iba a ser la última. Ahora los ojos de Laura no destacaban de su cara pero las palabras de la abuela despertaron su curiosidad, como lo hacían de pequeña.

- ¿Qué es eso tan importante abuela?
- Tú has sido la luz que me ha ayudado en mis últimos años. Todo estaba escrito, todo estaba preparado, hasta lo que te estoy diciendo, hasta lo que te voy a decir.

Laura miraba a su abuela con cara de extrañeza sin comprender aquellas extrañas palabras.

- ¿Te acuerdas de las historias que te contaba del Brasil? Siempre eran de una mujer, de la misma mujer.

Al principio era imposible saberlo, pero con el paso de los años, Laura fue pensando en cada una de aquellas historias y así fue descubriendo que lo que le contaba su abuela en realidad era toda su vida, una vida llena de aventuras que llenaron su juventud y que luego le volcó a ella.

- Esta historia también es de la misma mujer.

Y desviando la mirada de la de su nieta, empezó su relato.

“Érase una vez una mujer joven y guapa que se fue al Amazonas. Allí, una indígena le dijo un día que ella era una mujer que amaba mucho porque veía cómo se comportaba con los demás. La llevó a su casa y allí le hizo una pocima que le dio a beber. Después pronunció unas palabras al cielo, le cogió las manos y la mujer joven notó cómo una corriente le recorría todo el cuerpo. A partir de ahora te llamarás Taroma, le dijo. Cuando volvió del Amazonas, un día fue al hospital a ver a una amiga enferma. Cuando le cogió las manos sintió algo muy fuerte dentro de ella y vivió algo extraordinario. Entonces se acordó de la indígena del Amazonas. ¿Tendría algo que ver con ella?

Luego cogió las de la amiga que estaba sentada a su lado pero no notó nada. Entonces comprendió que aquello sólo le pasaba con la gente enferma”.

La abuela cogió las manos de su nieta y al hacerlo, Laura se estremeció porque una corriente le recorrió todo el cuerpo, de la cabeza a los pies.

- ¿Qué me pasa abuela?

La abuela la miró como si se reflejara en ella y las últimas fuerzas que tenía reservadas, las más importantes, se las traspasó a ella. Las dos estaban conectadas como nunca antes lo habían estado y Laura estaba notando algo muy especial.

- A partir de ahora te llamarás Taroma.

Laura no acababa de entender nada.

- Yo era la Taroma. Ahora lo serás tú. Mi fuerza te ayudará a ver los problemas de los enfermos, de los que amas y podrás ayudarlos con más facilidad. Tú les darás amor y decidirás sobre su futuro. Pero no lo podrás aplicar para ti. No hagas un uso excesivo, podría ser malo para ti. Son las reglas del juego.
- ¿Qué reglas del juego? ¿De qué hablaba la abuela?

Pero la abuela cerró los ojos, estaba muy cansada. En todo el día no comió nada. Laura siguió con ella el resto del día pensando en sus palabras. Por la noche notó que se estaba marchando. Se acercó a ella y le volvió a coger las manos. En ese momento entró su padre y las vio a las dos cogidas como en un cuadro de infinita belleza, con sus rostros iluminados por una luz invisible e intensa al mismo tiempo. El pelo cano de su madre le caía lacio sobre las grandes almohadas

que su hija le había preparado. Su cuerpo huesudo había perdido toda la fuerza que tenía. Realmente parecía muerta.

¡Papá! La abuela. Se ha marchado - dijo llorando.

No es posible. Pero...

En ese momento Laura notó que su abuela había dejado de apretarla y supo enseguida que la vida se le había escapado entre sus manos.